

PURIFICACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

DIA DIEZ Y SEIS

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui.

Psal., XLVII, 10.

Sacrificium et oblationem noluisti, holocaustum et pro peccato non postulasti; tunc dixi: Ecce venio.

Psal., XXXIX, 7 8.

In capite libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam: Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis mei.

Ibid., 9.

Conserua, fili, legem patris tui; et ne dimittas legem matris tue

Prov., VI, 20.

Mulier, si suscepto semine, pepererit masculum, immunda erit septem diebus. Omne sanctum non tanget, nec ingredietur sanctuarium, donec impleantur dies purificationis suæ.

Levit., XII, 2-4.

Cum expleti fuerint dies Purificationis suæ, deferet agnum anniculum

in holocaustum, et pullum columbæ, sive turturem, pro peccato, et tradet sacerdoti qui offeret illa coram Domino, et orabit pro ea.

Ibid., 6-7.

Quod si non potuerit offerre agnum, sumet duos turtures, vel duos pullos columbarum, unum in holocaustum, et alterum pro peccato orabitque pro ea sacerdos, et sic mundabitur.

Ibid., 8.

Transite, transite per portas, præparate viam populo, planum facite iter, et eligite lapides, et elevate signum ad populos. Ecce Dominus auditum fecit in extremis terræ: Dicite filiæ Sion, ecce salvator tuus venit: ecce merces ejus cum eo.

Isa., LXII, 10-11.

Ego sum illa mulier quæ stetit coram te, hic orans Dominum. Idecirco et ego commodavi eum Domino: et adoraverunt ibi Dominum.

I Reg., I, 26-28.

Et postquam impleti sunt dies purificationis ejus, secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem ut sisterent eum Domino sicut scriptum est in lege Domini, quia omni masculinam adaperiens vulvam, Sanctum Domino vocabitur. Et ut darent hostiam secundum quod dictum est in lege Domini, par turturum aut duos pullos columbarum.

Luc., II, 22-24.

Quidquid habueris masculini sexus, consecrabis Domino.

Exod., XIII, 2.

Sanctifica mihi omne primogenitum; mea sunt omnia.

Ibid., 1.

Ex quo percussi primogenitos in terra Ægypti, sanctificavi mihi quia quid primum nascitur in Israel.

Num., III, 13.

Non veni solvere legem, sed adimplere.

Math., V, 17.

Iota unum aut unus apex non præteribit a lege, donec omnia fiant.

Ibid., V, 8.

Vilior fiam plusquam factus sum, et ero humilis in oculis meis.

II Reg., VI, 22.

Una oblatione sanctificavit in sempiternum sanctificatos.

Hebr., X, 14.

Nonne Deo subjecta erit anima mea?

Psal., LXI, 1.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. ¿Dónde están las manchas de María que estuvo exenta de pasión cuando concibió y de dolor cuando dió á luz? ¿Dónde están, pues, las manchas en ese santuario del que no se ha aproximado mortal alguno y que sólo ha habitado Aquel que lo ha hecho? (*Aug. Cont. 2, Hæres*).

II. La gracia dispensaba á María de la ley, pero la humildad la sometió á ella. (*Ibid in Joan*).

III. La misma razón que nos explica la circuncisión del Hijo, nos hace comprender la purificación de la Madre. (*Bernard. serm. 3. de Purific.*)

IV. Nada hay impuro, ilícito ni manchado en esta concepción ni en este alumbramiento, y nada debe por lo tanto purificarse, porque este Niño es la fuente de toda pureza, y ha venido para purificar al género humano de las manchas del pecado. (*Id. Ibid.*)

V. En verdad, oh bienaventurada Virgen, que no necesitábais purificaros; y ¿acaso necesitaba circuncidarse vuestro Hijo? (*Id. Ibid.*)

VI. Sed entre las mujeres como una de ellas, ya que vuestro Hijo ha querido nacer como todos. Más ha hecho todavía. ¿No ha de inmolarsé más tarde? (*Id. Ibid.*)

VII. ¿Por qué no entraré en el templo, yo que sin ha-

ber conocido varón he venido á ser el templo del Espíritu Santo? ¿Por qué no entraré en el templo yo que soy la Madre de Aquel que en el templo se adora? (*Id. Ibid.*)

VIII. Ofreced á vuestro Hijo, oh Virgen Santísima, presentad el fruto bendito de vuestro seno al Todopoderoso; ofreced por nuestra reconciliación esta víctima santa y agradable á Dios. (*Id. Ibid.*)

IX. Llegará el día en que se ofrecerá, no en el templo, sino en los brazos de Simeón, pero fuera de la ciudad, en los brazos de la cruz. (*Id. Ibid.*)

X. Aquel será el sacrificio de la tarde; este es el sacrificio de la mañana; pero á uno y á otro se les puede aplicar este oráculo del Profeta: se ha ofrecido porque ha querido. (*Id. Ibid.*)

XI. Por nosotros se circuncidó Jesús, y por nosotros también se sometió María á la ley de la purificación. (*Hieron. Comm. in Evang.*)

XII. Cuando se dice que llegará el día en que María se purifique, no debe entenderse que la divina Madre necesitaba purificarse de la menor mancha, puesto que concibió al Salvador Jesús por obra del Espíritu Santo; pero como estaba bajo la ley, y como su divino Hijo hecho hombre bajo la ley había nacido de mujer, se observaron todas las ceremonias de la ley hasta que la antigua ley cese para dar lugar á la ley de gracia. (*S. Hildephons. in libro Cont. eos qui disp.*)

XIII. Una era la purificación de las mujeres á que debía sujetarse el alma manchada, y otra fué la purificación de María, en la que solamente se conservó de una manera maravillosa una costumbre judáica. Ciertamente que era sin mancha la que había llevado en su seno al que debe lavar con su sangre las manchas del humano linaje. El día señalado en el Evangelio para la purificación de María, sólo está indicado como un recuerdo de las observancias legales de los judíos. Con respecto á la

ceremonia de la purificación y á la separación que la precede, podrían indicarse muchos motivos. Lo que podemos decir en dos palabras, es que era útil al cuerpo y al alma. (*Id. Ibid.*)

XIV. Hagamos por nuestro lado cuanto esté de nuestra parte; démosle cuanto tenemos y lo que somos. (*Bernard. serm. 3. de Purific.*)

XV. Cumpliendo con la ley demostraréis hasta qué punto amáis á Dios. (*Aug. in Joan.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

En la solemnidad de la Purificación, los tres personajes que se presentan en el Evangelio están representados en él por el Espíritu Santo en estado de inmolación.

1° Simeón, desprendido de la tierra, inmola el amor á la vida.

2° Ana, penitente y mortificada, destruye ante Dios el reposo de los sentidos.

3° María, sometida y obediente, sacrifica la libertad del Espíritu.

I. ¿En qué tiempo debemos ofrecernos á Dios?

Penetro en el templo de Jerusalén y veo en él á un niño, á una mujer y á un anciano, y esta misteriosa reunión me enseña que la vida del hombre pertenece toda entera al Señor; su juventud, su edad madura y su vejez.

II. ¿Qué es lo que particularmente debemos ofrecer á Dios?

1° Jesús ofreció su cuerpo al dolor; y dijo á su Padre que se sometía á su voluntad, y que ardía en deseos de inmolarse por los hombres.

2° María ofreció su alma á toda clase de angustias y aflicciones.

3° Simeón ofreció su vida como último holocausto y se resigna á la muerte.

III. ¿En qué disposición debemos hacer nuestros ofrecimientos?

1° Jesús se ofrece á su Padre con plena y entera libertad: *oblatuse st quia voluit.*

2° María se ofrece á Dios con toda humildad. Se somete á una ley que no se hizo para ella, y esta sumisión ha sido á los ojos del mundo la más admirable de sus prerrogativas.

3° Simeón se ofrece con gozo y gratitud. Con gozo, porque contemplaron sus ojos la salud de Israel; con gratitud, porque quiso Dios reservarle esta última dicha para sus postreros años.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. La ley de la purificación se refería á las que daban á luz según las leyes comunes de la naturaleza. Siendo la razón de la ley lo que acabamos de explicar, no comprendía, según los santos padres á la bienaventurada María, pues no tenía por qué sonrojarse de lo que en ella había pasado. Sabido es que su Hijo bajó á sus castas entrañas como un rocío suave, y salió de ellas como sale una flor de su tallo, sin dejar á su paso vestigio alguno. De esto se deduce que si estaba obligada á la ley de la purificación, era solamente por la costumbre y el orden que un caso particular no debe interrumpir.—(*Bossuet, sermón sobre la Purific.*)

II. Cuarenta días después del nacimiento del Salvador, la Virgen se creyó en el deber de ir á Jerusalén para cumplir con el precepto del Levítico que prescribía la purificación de las madres y el rescate de los primogénitos. Esta ley no obligaba á María indudablemente; porque si había sido madre para dar vida al Redentor, había permanecido virgen para sí misma, y ninguna necesidad tenía de purificarse la que era la pureza misma, puesto que á su concepción sin pecado había seguido un alumbramiento sin mancha; "pero ella se sometió voluntariamente para dar ejemplo al mundo, como dice Bossuet, á una ley penal á la cual no estaba "sometida, sino porque no fuese conocido el secreto de su alumbramiento "to virginal."—(*Orsini, La Virgen.*)

III. En el momento en que José y María penetraron en el sagrado recinto del templo, con los cielos de plata del rescate y las palomas del sa-

crificio, un santo anciano llamado Simeón, á quien una revelación divina le había hecho saber que no moriría antes de haber visto al Cristo del Señor, entró en el atrio impulsado del espíritu de Dios. A la vista de la santa familia brillaron los ojos del hombre justo, con la luz de la inspiración; adivinando al rey Mesías bajo los pobres lienzos del niño del pueblo, le tomó de los brazos de su Madre, le levantó á la altura de su rostro, y se puso á contemplarlo con arrobamiento, en tanto que gruesas lágrimas de alegría rodaban por sus mejillas venerables. "Ahora sí, Señor, exclamó el piadoso anciano levantando sus ojos humedecidos al cielo, ahora sí dejaréis morir en paz á vuestro siervo, según vuestra promesa, pues que mis ojos han visto al Salvador que nos envías, y que habéis destinado para ser expuesto á la vista de todos los pueblos, como la luz de las naciones y la gloria de Israel." Acabando de decir estas palabras, Simeón bendijo solemnemente á los esposos, y dirigiéndose en seguida á María, después de un silencio grave y triste, añadió que aquel niño nacido para la ruina y para la salvación de muchos de Israel, sería un objeto de contradicción entre los hombres, y que el dolor penetraría como la punta acerada de un cuchillo en el alma de su Madre.

A esa luz inesperada que arrojaba una lúgubre caridad sobre el gran destino del CRISTO, reveláronse de repente á la santa Virgen, las ignominias, los sufrimientos de la Cruz, las fatídicas palabras de Simeón, cual el viento de la tempestad, hicieron encorvar su cabeza y sintió comprimirse el corazón dolorosamente.

Pero María sabía aceptar sin quejarse ni murmurar cuanto le venía de Dios; sus labios pálidos se acercaron á ese cáliz de hiel y de absintio que agotó hasta las heces; y en seguida, devorando sus lágrimas, dijo con el acento de una dulce y santa resignación: *¡Señor, hágase vuestra voluntad!* En este momento de grandeza sublime, la hija de Abraham se elevó más allá del jefe y del padre de su pueblo: como él, sacrificaba también á su hijo en el altar del Señor; pero con la triste certidumbre de que el sacrificio sería aceptado, *y ella era Madre.....*

Todavía se ofrecían á su espíritu estos altos pensamientos, cuando llegó una profetisa llamada Ana, hija de Panuel, de la tribu de Aser, que era de edad muy avanzada: esta santa viuda estaba continuamente en el templo sirviendo á Dios noche y día, y entregada al ayuno y á la oración. A la vista del Divino Niño, se puso á alabar al Señor en alta voz, y á hablar de Él á todos los que esperaban la redención de Israel.

"No solamente, dice á propósito de esto San Ambrosio, los ángeles, los profetas y los pastores publican el nacimiento del Salvador, sino que también los justos y los ancianos de Israel, hacen brillar esta verdad. Los jóvenes y viejos de uno y otro sexo, autorizan esta creencia confirmada con tantos milagros. Una Virgen concibe; una mujer estéril pare; un mudo habla; Elizabet profetisa; el mago adora; un niño hace sentir su gozo en el seno de su madre; una viuda confiesa este suceso maravilloso, y el justo le aguarda. — (Orsini, *La Virgen*).

IV. Dios quería que se le consagrara el primogénito de cada familia, para que le respondiese de los demás y viniese á ser como una garantía de

la dependencia de todos. Pero cada uno de estos primogénitos no era jefe más que de su casa, y la ley á que me refiero, sólo comprendía á los hijos de Israel, lo que no procuraba á Dios más que un bien muy limitado. ¿Qué hizo Dios entonces? Escogió en la plenitud de los tiempos á un hombre, jefe de todos los hombres, cuya oblación era para Él como un tributo de todas las naciones y de todos los pueblos. Un hombre que nos representa á todos los hombres, y que desempeñando en favor de todos, el papel de amigo, responde á Dios por él y por nosotros, á menos que tengamos la desgracia de desmentirlo y que ceguemos hasta el punto de separarnos de Él: un hombre, dice el grande Apóstol, por quien todos los seres reunidos rinden á Dios homenaje de sumisión, y que con su obediencia pone bajo el imperio de Dios todo lo que de Él había sustraído el pecado. Esto es lo que ha querido expresarnos el Espíritu Santo en estas palabras admirables de la Epístola á los efesios: *Instaurare omnia in Christo*; y sobre esto está fundado el derecho de primogenitura que debía poseer Jesucristo sobre toda otra criatura: *Primogenitus omnis creaturæ*.

Digo más; todas las criaturas tomadas en conjunto, que no tienen ninguna proporción con el Sér de Dios, y como dice Isaias, no siendo todas las naciones ante Dios más que una gota de agua, un átomo, la nada, por grandes esfuerzos que hicieren para mostrar á Dios su dependencia, no podían honrar bastantemente á Dios, y en el culto que de ellas recibía, quedaba siempre un vacío infinito que no podían llenar todos los sacrificios del mundo. El Hijo de Dios con su única oblación dió para siempre á los que deben ser santificados, una idea perfecta del verdadero culto que se debe al Dios vivo. — (Bossuet, *dos serm. sobre la Purif. de la Virg.*)

V. Desde aquella hora y punto, cada acto de María fué para ella un padecimiento, cada gozo una fuente de amargura; no había en su alma un sólo repliegue donde la amargura no penetrase. Cada una de sus miradas á Jesús, cada movimiento, cada palabra del Dios Niño, suscitaban, exacerbaban su amarga pena: el nuevo trascurso del tiempo acrecentaba su dolor, por cuanto apresuraba las tristes horas de Gethsemani y las remendas del Calvario. — (Faber, *al pie de la Cruz, cap. II*).

VI. Comprendo, oh María la visita que hicisteis á Isabel; la caridad guió vuestros pasos. Sea cual fuese la altura de la posición que nos separa de los nuestros, siempre se halla en un buen corazón ayudado de la gracia, un encanto verdadero al acercarse á ellos y prevenirles con actos de condescendencia. ¿Pero cómo me explicaré vuestra visita al templo de Jerusalén, con el objeto de purificaros de la mancha legal de la maternidad, vos, madre virgen, y que fuérais á ofrecer al Señor vuestro primogénito, cuando Él mismo era el Señor? ¡Oh abismo de sabia obediencia á una ley que no os comprendía! ¡Oh prudencia que confunde la vanidad humana y os hizo ocultar, bajo el velo de la observancia mosaica, las grandezas del que vino al mundo para poner término á ellas, y la dignidad de la que es la aurora de la nueva ley! Y más que todo, ¡oh amor del sacrificio que va, según la profecía, al encuentro de los dolores que puede sentir el corazón de una madre! Esto es lo más admirable en la purificación de María. Que el viejo Simeón consintiera en morir, después de haber visto al Sal.

vador y de haberle estrechado en sus brazos, se comprende bien. Había visto ya el objeto de sus ardientes deseos, y sabía que el tierno beso que había dado á un niño, que hecho hombre sería el Redentor de los hombres, se convertiría para él en delicias eternas. Ya me parece ver que en la embriaguez de su alegría se olvida el buen Simeón del respeto que se debe á una madre y de los cuidados que deben tenerse con un recién nacido. Tal era la vehemencia de su amor.

Franco hasta la rudeza, no parece sino que sólo él puede gozar de esa vista encantadora, que sólo él podía disfrutar del privilegio de contemplar al hermoso, Niño tan dulce y tan amable, cuyas miradas reflejan en el cielo y cuya sonrisa enternecía la tierra. Generalmente nos sucede que cuando acariciamos á un niño, lisonjamos á sus madres acerca del porvenir que le espera, y nunca se pronuncia una palabra que le quite sus agradables ilusiones. ¿Será esto lo que haga Simeón? No por cierto. Ciertamente es que dirá en voz alta á María que Jesús es la salud y la luz de las naciones, la gloria de Israel y la causa de la resurrección espiritual de muchas gentes, lo que ensancha el corazón maternal de la Virgen; pero en cambio, habla luego de su doloroso fin y lacera el corazón de la Madre, anunciándole que una espada de aflicción ha de traspasar, no sólo su cuerpo, sino su alma.

No es este el momento de entonar la *Magnífica*: los grandes dolores se callan; por lo que María inclina la cabeza al oír la palabra del oráculo y guarda un silencio profundo. ¿Cuál era la situación interior de María en esos momentos? Se equivocan los que creen, que sabía desde el primer día de la anunciación, el porvenir de Jesús y el suyo propio. Todas las cosas se le revelaban por grados con el fin de mantener su espíritu y su corazón en una constante inquietud y pendiente del cielo. Sabía, sí, que se le esperaba una larga carrera de sacrificios; que la herirían, y vislumbraba ya la espada dolorosa que debía traspasar su alma. Mas no nos dice Simeón cuáles fueron los dolores que sufrió, los momentos en que los sufrió, ni el tiempo que duraron.

La duda es el peor de los tormentos, porque la incertidumbre da lugar á que se sufran toda clase de dolores, porque todo se teme. Más vale morir á causa de un sólo tormento que vivir temiéndolos todos. ¿Por qué permitiste, Dios mío, que se tratara con tanta crueldad á una Virgen inocente, á una madre á la cual un ángel llamó inmaculada y llena de gracia, á una criatura que en el éxtasis de su alegría anunciaba que todas las generaciones la llamarían bienaventurada?

Es porque era preciso, para que participara de las grandezas de su Hijo, que partiera con Él sus sufrimientos. Con una sola lágrima, con un sólo suspiro, pudo Jesús rescatar el mundo y satisfacer rigurosamente la justicia de su Padre. Pero quiso manifestarnos toda la fuerza de su amor y se condenó al dolor para toda la vida; justo es por lo tanto que participe María de esta condición del Redentor. Desde el seno de su madre se ofreció en holocausto por nuestro rescate; y María supo desde su purificación que debía tomar parte en el sacrificio. El Niño comienza á preparar ya con sus manos endebles la cruz en que, enclavado y moribundo, apurará

todos los oprobios. La espada del dolor comenzaba también á penetrar con su aguzada punta en el corazón de María, que irá desgarrando cada vez más, destilando gota á gota la sangre de su alma, hasta que acabe de traspasarle en el Calvario.

Dejad el templo ya, oh madre de los dolores, puesto que conocéis ya vuestro destino. Llevaos vuestra espada, como lleva consigo un herido la flecha mortal que le ha traspasado hasta que sucumbe; porque moriréis vos también con Él y por Él.

¿Oiremos á María deshacerse en lágrimas al conocer lo que los oráculos predicen? ¿Preguntará por qué sucederán todas estas cosas y de qué modo han de suceder? No murmura ni una queja ni derrama una sola lágrima; nada quiere saber. Y ¿quién en tales circunstancias no es curioso? En medio de su sospecha, no su voz sino su corazón, se conforma con decir á Dios lo que había dicho antes al ángel. "He aquí la sierva del Señor; cúmplase en mí según tu palabra." Si preguntó al ángel cuando le anunció grandezas incomparables, fué porque temió no recibirlas sino al precio de su virginidad. Cuando sólo de sufrir se trató, nada le preguntó á Simeón. ¡Oh constancia admirable! ¡Oh resignación sin igual! Sólo el silencio de María en el Calvario es superior en dignidad al silencio de María en el templo. ¿Nos ha ofrecido jamás la naturaleza humana una calma tan resignada en medio de tan desecha tempestad?—*Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María.*

ARTICULO V

PLATICA XVI

MARÍA, REINA DEL CIELO

Tres días hemos consagrado á penetrar en el hogar de las grandezas de María, Virgen hija del Padre, Virgen esposa del Espíritu Santo y Virgen Madre del Hijo. Hemos procurado en estos tres días descubrir esas luces misteriosas que brillan tan resplandecientes en el cielo que encantan á los mismos ángeles y se postran admirados ante su deslumbrante resplandor. Por desgracia mis pensamientos, sepultados en las tinieblas, y mis pobres expresiones, no han satisfecho vuestros deseos ni sabido presentar á vuestros ojos una imagen más digna de sa-

tisfacerlos. Fracasarian mis esfuerzos sin duda, pero nos sostiene vuestra benevolencia y la promesa que nos hicisteis de seguirnos hasta el fin de nuestra tarea. Continuaremos, pues, con la ayuda de la gracia, y dejando el centro para recorrer la circunferencia, penetraremos en los ricos dominios que sus relaciones íntimas con la Trinidad han puesto bajo el imperio de María.

Decimos bajo su imperio, porque María es sin duda una reina. Las personas divinas que la han colocado como soberana en su corazón, no han podido negarle el cetro del universo, cuyo gobierno han puesto en sus manos después de prodigarle toda perfección. Con respecto á su gobierno, la conducta observada por la Iglesia y las lecciones que nos da no nos permiten dudar de ello. Con respecto á su perfección, no tenemos más que ver la ingeniosa hipótesis formulada por uno de los escritores de nuestros días, inspirado por su genio. Citaré solamente el sentido de ella ya que no sus palabras. Si pudiese un hijo inteligente, sensible y poderoso, recibir del cielo la facultad inaudita de formar según su ideal la mujer querida á quien debiese dar el grato nombre de madre, ¿no creéis que sería bajo el punto de vista de la hermosura y de la gracia, la más atractiva de todas las mujeres? No cabe duda que si esta creación fuese posible, veríamos á una mujer sin igual. Y ya que estamos divagando en el campo de los imposibles, ¿por qué no iremos todavía más allá? Si la mujer que suponemos añadiese á este privilegio el de ser la hija única de un padre amorosísimo, rey de todos los reyes y señor de todos los tesoros del universo; ¿creéis que dejaría ella de ser la dispensadora de esos bienes? Ya veis, pues, que la mujer que acabo de suponer lo tendría todo, pues todos los padres son iguales y se complacen en entregar á sus hijos lo que poseen. Sin embargo, algo le faltaría á la que acabamos de presentar á vuestra imaginación. Ni un hijo ni un padre

podrían conocer lo que le falta para ser perfecta. Para formar un cuadro completo, debería dársele un esposo que la igualara en poder y ternura, y el conjunto vendría á ser una Trinidad parecida á la de Dios.

¿Ha existido alguna vez una mujer como la que os hemos presentado en hipótesis? ¿En qué lugar ha habitado? Si existe en alguna parte, la concederemos desde luego el título de reina del universo.

Pues bien, hermanos míos, ha existido y existe todavía. Nació hace veinte siglos en uno de los puntos más insignificantes de Asia, y lo más extraordinario es que el mundo esperaba su venida. Los pueblos apenas conservaban de ella una memoria vaga, pero las sibilas paganas y los profetas del verdadero Dios precisaron su venida. No hace mucho rato que hemos pronunciado el nombre de esta mujer, cuya imagen está en este altar, y es la Virgen María, madre de un Hijo que existió antes que ella, hija de un Padre delante del cual se prosterna el mundo entero y le adora, esposa de un Dios á quien debe el mundo entero los torrentes de sangre que corren por sus arterias.

Esta es la reina por excelencia cuyo imperio no tiene más límites que el infinito, y toca el cielo, la tierra y los infiernos, y está donde quiera que haya un átomo de vida. En el cielo llena de admiración á los ángeles; en el purgatorio alimenta de justa esperanza á los justos; en la tierra nos manda el amor, y según opinión de algunos santos, dulcifica en el infierno la desesperación de los condenados. Su suave influencia penetra toda la creación.

Grande gozo sentiríamos si nos fuese dado visitar con vosotros, ayudados de las luces de la ciencia y de la teología, los diversos países sometidos al cetro de María; pero nuestra plática se extendería demasiado, y sería además superior á nuestras fuerzas. Echaremos una simple

ojeada sobre ellos como un viajero que pasa corriendo, pero esto nos bastará para satisfacer nuestra curiosidad. Comenzaremos nuestra excursión por el cielo, que según los teólogos se divide en cielo visible y cielo invisible. Los astrónomos han hecho una descripción del primero muy entusiasta, inspirados por el espíritu de contemplación que despertó en ellos el libro que, grabado con diamantes y caracteres de fuego, relata noche y día las glorias de su Criador. Al colocar los ojos sobre el punto de mira de sus gigantescos telescopios, vieron en los campos etéreos, nacer y multiplicarse los soles y las estrellas en número tan grande como los átomos que se mueven en el rayo de sol que penetra en una cámara oscura. Primeramente en confusión, y luego en grupos de dos según un descubrimiento reciente, estos astros, aparentemente mezclados se dividen armónicamente en familias, guiadas todas por un sol central al través de millares de curvas, y dirigiéndose hacia una luz desconocida, separándose unas veces y juntándose otras hasta formar ese camino sembrado de diamantes al que daban los antiguos el nombre de vía láctea, y los peregrinos de la Edad Media el de camino de Santiago. ¿Dónde van todos estos astros, qué fuerza los impele hacia un mismo punto y les hace mover cada uno á su vez como en un inmenso movimiento de adoración? ¿Quién sabe si van á adorar en un lugar por nosotros desconocido al *Gran sol* de Justicia y á la reina que se sienta á su lado coronada de estrellas? Pensad lo que queráis de esta suposición; según nosotros, la luz y la vida se tocan muy de cerca para que el Rey y la Reina de la vida no sean también el Rey y la Reina de la misma luz material, imagen creada de la luz increada.

En el *cielo invisible*, es sobre todo donde se ejerce y domina el reinado de María. Hablando de él no usaremos ya las palabras *tal vez* y las hipótesis más ó menos sutiles. La tradición, la teología y la Iglesia católica salu-

dan á María con el título de reina de los ángeles, á quienes es infinitamente superior en gloria y mérito. No os sorprenderá esta aserción, hermanos míos, cuando sepáis que las criaturas engrandecen á medida que se acercan á Dios. ¿Qué ángel se ha penetrado jamás de la divinidad como María? Sin embargo, los ángeles son los mensajeros de Dios, los ministros de su poder en el seno de la naturaleza. Poblado está el aire de ellos; más numerosamente lo habitan que los peces en el mar; hay algunos escritores que pretenden que son el secreto resorte del movimiento atmosférico y de la creación material. San Juan los veía en Patmos, encima de las ciudades, sobre el altar de las iglesias. Nuestro dogma católico les coloca en grupo en el hogar de la familia, y señala uno de ellos para que acompañe á cada individuo desde la cuna al sepulcro. ¿Comprendéis todo el poder de la que puede mandar á todas esas legiones de ángeles? ¿Comprendéis cuánta es la dicha y cuánto puede esperar aquél á quien ella les recomienda? Permita Dios que obtengamos semejante privilegio. Lo obtendremos, hermanos míos, si somos amantes de María.—ASÍ SEA.